



Marzo de 2011

Camila Pérez Gaona detestaba varias cosas, entre ellas, el primer día de clase. El orgullo le impedía mostrar contrariedad, por lo que se detuvo en la puerta del aula, echó un vistazo dentro y siguió avanzando, consciente de que quedaban pocos pupitres vacíos –dos adelante, uno en la parte de atrás– y de que debía actuar rápidamente y con decisión, como si nada le importase ni la afectase, de modo tal de salvaguardar su imagen y disimular la angustia que le causaba no tener a nadie que estuviese reservándole un sitio para compartirlo a lo largo del año. “¿Por qué los pupitres no son individuales?”, se lamentó. “¿Por qué tienen que ser para dos? ¿Acaso podemos hacer las pruebas de a dos?”, remató, con la mordacidad que pocos conocían; en esa aula, nadie.

—¡Ey, Camila! —la llamó Benigno Urieta, con quien se había sentado el año anterior. Conservaba la esperanza de que alguna de las chicas la invitase, pero ninguna reparaba en ella.

Nacida bajo el signo del Toro

—Hola, Benigno. ¿Qué tal?

—¡Súper!

A Camila, Benigno Urieta le caía bien, aunque perteneciese al grupo de los *nerds* y fuese más feo que agarrarse los dedos con la puerta. No comprendía a qué se debía el eterno buen humor del muchacho; siempre estaba contento. En algo lo admiraba: era muy inteligente, si bien no tanto como el líder del grupo, Lautaro Gómez, el mejor alumno de la división (se sabía que ese año, el penúltimo, se convertiría en uno de los escoltas de la bandera). Sin meditarlo, dirigió la mirada hacia Gómez, que ocupaba el primer lugar, y se sorprendió al descubrirlo observándola. Apartó la cara con un movimiento nervioso; la intensidad de esos ojos oscuros la había inquietado.

—¿Querés sentarte conmigo, Cami?

Camila sonrió. “A Benigno le han puesto bien el nombre”, se dijo. Era bueno como el Quaker. En el fondo, sintió alivio ante la invitación y no le importó que su sueño —que Lucía Bertoni o Bárbara Degèner, las más lindas y populares del curso, notasen que existía y la convocasen— acabara de destruirse. Apoyó la mochila sobre el asiento y dijo:

—Sí, Beni. Gracias.

—¡Claro! ¿Acaso no lo pasamos muy bien el año pasado?

—Hola, Camila. —Karen, la compañera inseparable de Lautaro Gómez, se dio vuelta y le sonrió, actitud inusual porque era parca y callada como Gómez—. ¿Qué tal las vacaciones?

—Bien —mintió, y no se atrevió a inventar que había ido a la playa porque estaba más blanca que un queso.

—Tenés el pelo más rubio. ¿Te hiciste algo?

—No —aseguró, y se aferró un mechón para estudiarlo. ¿De veras estaba más rubio? No lo había notado. De niña, tenía el pelo casi blanco. Con los años, mechones más oscuros habían

Florencia Bonelli

ganado preponderancia. Su madre aseguraba que tenía un cabello espléndido. Ella opinaba lo contrario: no era lacio ni rizado y, últimamente, tenía “frizz”. Tomaba con pinzas las aseveraciones de su madre; había aprendido que, para Josefina Zuviría de Pérez Gaona, sus hijos, Camila y Nacho, eran los más hermosos y perfectos del planeta.

No podía determinar si la afirmación de Karen –que tenía el pelo más rubio– era cierta; lo que sí estaba en grado de asegurar era que estaba gorda. Y eso la martirizaba. Los kilos de más –unos cuantos– no habían llegado por arte de magia, sino por su afición a la comida. Había descubierto un libro viejo de cocina francesa de la abuela Laura y, durante las últimas semanas de las vacaciones, se lo había pasado preparando delicias de la *pâtisserie*. Pocas cosas le gustaban en la vida; cocinar era una de ellas; comer, otra. Como la avergonzaba admitirlo, solo sus padres y su hermano menor, Ignacio, lo sabían y disfrutaban de sus experimentos. Como temió que Karen, en su racha amigable, comentara: “Y estás más gordita”, se dio vuelta para acomodar la mochila en el respaldo de la silla y sacar la carpeta. Karen era del tipo que expresaba su parecer sin filtros ni inhibiciones, y ella no quería que lo hiciese frente a Gómez. No le habría molestado frente a Benigno; frente a Lautaro Gómez le habría resultado intolerable. Se preguntó por qué.

Un alboroto captó su atención. Bárbara y Lucía se subieron a los pupitres y levantaron los brazos.

—¡Ey! ¡Hola, Sebas! —gritaron al unísono—. ¡Hola, papito!

—¡Hola, hermosuras! —saludó Sebastián Gálvez, y entró en el aula con su porte pendenciero.

A Camila se le atascó la respiración. Por un lado, había lamentado que terminase el verano porque tendría que regresar

Nacida bajo el signo del Toro

al colegio. Por el otro, había deseado que acabase para volver a verlo, y allí estaba, el chico más lindo que ella conocía, con la piel bronceada, los ojos verdes fulgurantes y el cabello castaño claro con reflejos rubios en el jopo. Era alto y macizo, con brazos que parecían caños gruesos, los que utilizó para envolver las piernas de Lucía y de Bárbara, justo debajo de la cola, y despegarlas del pupitre para levantarlas en vilo. Caminó por el frente del aula con ellas en andas, ostentando su fuerza. Las chicas aullaban de placer y de divertimento, y los demás aplaudían. Era sabido que Gálvez hacía pesas. Las malas lenguas decían que tomaba anabólicos.

—¡Qué infradotados! —masculló Karen.

Camila de nuevo tropezó con los ojos oscuros e intensos de Lautaro Gómez. No parecía interesado en el espectáculo, sino en ella. La contemplaba con una fijación que casi rayaba en un comportamiento provocador. De manera disimulada, se pasó la mano por la nariz; tal vez tenía un moco; se peinó las cejas tupidas —en opinión de su hermano Nacho, cuando se despeinaban, parecían las de Drácula—, se limpió la boca, porque de pronto se le ocurrió que tenía migas de la tostada del desayuno, se pasó la lengua por los dientes para eliminar cualquier resto de comida atascado.

De los cambios a los que se había visto forzada a adaptarse el año anterior al ingresar en ese colegio, compartir el aula con varones había resultado uno de los más inquietantes. Desde jardín de infantes, su vida escolar había transcurrido en un mundo exclusivamente femenino. No había maestros, ni profesores, ni celadores; todas eran mujeres; incluso la portería estaba en manos de una mujer. Por supuesto que había conocido varones en las fiestas a las que había asistido con sus primas y sus amigas. Sin embargo, los complejos que la

Florencia Bonelli

atormentaban la volvían tímida y torpe para relacionarse con el sexo opuesto. Admiraba a su prima Anabela, que ya había estado de novia tres veces; también a su amiga Emilia, que, desde hacía tiempo, salía con un tenista cinco años mayor que ella.

La asaltó la nostalgia, y se preguntó qué estarían haciendo en ese momento. Recordó qué divertidos habían sido los primeros días de clase en el Saint Mary High School, donde todo le resultaba familiar. Ahora caía en la cuenta de que el bienestar había provenido de la seguridad que le brindaba el entorno. La Escuela Pública Número 2, vieja, enorme y fantasmagórica, la asustaba, y, aunque ya hubiese pasado un año dentro de sus paredes descascaradas, no conseguía deshacerse del sentimiento de ajenidad.

—¡Ey, *boy scout*! —Sebastián Gálvez se aproximó al primer banco, el que ocupaban Karen y Lautaro, escoltado por Lucía y Bárbara, que proferían risitas—. ¿A cuántas ancianitas salvaste hoy? —Le pasó la mano por la coronilla y lo despeinó.

Camila observaba la escena sin pestañear. La rivalidad entre Gálvez y Gómez era conocida. El primero no perdía oportunidad de hostigar al mejor alumno y humillarlo por pertenecer al movimiento scout, situación que juzgaba una muestra más de debilidad del jefe *nerd*. Gómez jamás atendía a las pullas y se limitaba a lanzarle vistazos impasibles. A Camila la pasividad de Lautaro no le resultaba extraña, porque, si bien era alto como Sebastián, presentaba la contextura de un junco. Gálvez lo habría dejado fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Salí de acá, retardado! —se ofuscó Karen, y le retiró la mano con la que despeinaba a su amigo—. ¿Por qué no vas a practicar la tabla del dos? Tal vez este año consigas aprenderla.

Nacida bajo el signo del Toro

—¡Callate, cuatro ojos! —le soltó Lucía Bertoni.

—¡Ah! Pistacho y Maní —dijo Karen, que no se echaba atrás—. ¡Qué bueno volver a verlas!

Camila la admiraba por eso, por no intimidarse, a pesar de contar con varios talones de Aquiles en donde las bellezas de la división podrían haberla golpeado. Necesitaba lentes con bastante aumento, tenía una nariz prominente y usaba aparatos.

—¿A quién llamas Pistacho y Maní?

—A ustedes, obviamente.

—¿Por qué Pistacho y Maní? —se interesó Sebastián Gálvez, y Camila casi emitió una exclamación de sorpresa cuando Karen se volvió para enfrentar al bonito del curso. Lo hizo con una sensualidad de la que jamás la creyó capaz, con un movimiento de su cabello largo y espeso, el cual, al caer hacia un costado, le enmarcó el rostro de manera adorable, y con un aleteo de pestañas, que se revelaron largas y pobladas bajo el aumento de las lentes. Al parecer, también sorprendió a Sebastián, cuya sonrisa altanera desapareció.

—Por el tamaño de sus cerebros —contestó Karen, y las risotadas se elevaron desde el sector trasero del aula. El propio Gálvez rio, y las insultadas, después de exclamar: “¡Imbécil!”, dieron media vuelta y regresaron a sus pupitres.

Entró la preceptora, Rita, la misma del año anterior, y puso orden. El nuevo año lectivo acababa de comenzar, y a Camila se le antojó que se disponía a escalar el Everest sin reserva de oxígeno.



Florencia Bonelli

Si bien había muchas cosas que detestaba, existían otras que amaba, como cocinar y comer. Su favorita, sin embargo, era leer, no cualquier libro, prefería las novelas, y no importaba el género; policial, romántico, aventura, ciencia-ficción, la seducían por igual.

En el primer recreo, después de una clase de repaso de Matemáticas en la cual solo Lautaro Gómez acertó con las respuestas, se sentó en el suelo de la esquina más solitaria del patio y abrió *After the Funeral*, de Agatha Christie; la mantenía subyugada desde hacía tres días y, en parte, la había ayudado a olvidar que las vacaciones terminaban y que debía regresar a ese colegio espantoso. Minutos más tarde, un pelotazo le arrancó el libro de las manos, lo mismo que una exclamación. Se quedó atónita, no tanto por el hecho, sino porque advirtió que Sebastián Gálvez corría hacia ella para recuperar la pelota.

—¡Perdón! —dijo, con una sonrisa.

Camila lo siguió con ojos desorbitados y cientos de palabras bulléndole en la cabeza, en tanto Gálvez traía la pelota y levantaba el libro del suelo. Al reflexionar que, cuando se sentaba de ese modo, los “jamones”, como Nacho apodaba a sus piernas, se tornaban aún más voluminosos, se puso de pie de un salto y se acomodó el guardapolvo sobre el jean.

—After de funeral —leyó Sebastián, y pronunció *funeral* en castellano. A Camila la tomó por sorpresa que un chico como él no supiese leer en inglés—. ¿Qué quiere decir?

—Después del funeral.

—¿Sabés hablar en inglés? —Camila asintió deprisa, asustada porque era la primera vez que Sebastián Gálvez le dirigía la palabra—. ¿Entendés todo lo que dice aquí? —Otro asentimiento rápido—. Leeme esto —le exigió, y marcó un párrafo al azar.

Nacida bajo el signo del Toro

—*From his seat by the fireplace in the library, Hercule Poirot looked at the assembled company.* —Se detuvo porque, de pronto, le faltó el aire. Cerró el libro y se quedó contemplando la ilustración de la tapa. No se atrevía a levantar la mirada.

Los que jugaban al fútbol apremiaron a Gálvez para que retornase con la pelota. Este, después de observar con gesto ceñudo la coronilla rubia de Camila, dio media vuelta y se alejó. Ella se atrevió a observarlo. Le pareció hermoso y algo más. Poseía una cualidad a la que no lograba definir. Sí, le parecía masculino. Eso había dicho la abuela Laura al referirse a Clark Gable, su actor favorito. “¡Esos eran hombres! Masculino hasta la médula”, había expresado después de ver por enésima vez *Lo que el viento se llevó*. Sebastián Gálvez, con su cabellera desgreñada, la camisa blanca fuera del pantalón y sus botas tejanas, le pareció tan masculino como Gable.

—¿Estuvo molestándote el retardado?

Karen se había aproximado por detrás y Camila no la había escuchado.

—No, no —respondió.

—¿Qué quería? —preguntó Benigno Urieta, con la cara seria.

—Me preguntó si sabía leer en inglés. Y me pidió que leyese un párrafo. —Levantó el libro y les mostró la tapa.

—Y vos se lo leíste, por supuesto. —La voz cascada y grave de Lautaro Gómez la desconcertó. Que el jefe de los *nerds* le hablase no era menos desconcertante que lo hiciese Sebastián Gálvez. Se caracterizaba por un mutismo pertinaz. Algunos sostenían que, antes de la muerte del padre, ocurrida más de tres años atrás, había sido alegre y amistoso. De igual modo, lo que la dejó perpleja fue el tono imperioso y enojado. Se quedó mirándolo, aturdida.

Florencia Bonelli

—Vamos —ordenó Gómez a sus amigos, que dieron media vuelta y lo siguieron.



De regreso a casa, en el subte, simulaba leer *After the Funeral*, cuando en realidad meditaba acerca de lo ocurrido en el recreo. Sebastián Gálvez le había hablado por primera vez y se había interesado en ella, en su libro, en que hablaba en inglés, algo que ella hacía muy bien y él, no. Eso le dio una punzada de vanidad y sonrió. La Escuela Pública Número 2, de jornada simple, no era bilingüe. En el Saint Mary High School, en cambio, el inglés formaba parte de la enseñanza desde el jardín de infantes. ¡Claro que sabía hablar en inglés! Y fluidamente, porque las lenguas se le daban con facilidad. Por esa razón su mamá la había inscripto en un curso de francés cuando era muy pequeña, así que también hablaba en francés. Por supuesto, ya no asistía al instituto de francés; la cuota era muy cara. Mantenía el nivel leyendo y alquilando películas francesas. Amaba los libros de Colette y las películas con Jean Reno. *Les visiteurs* era su favorita.

Las risotadas de Lucía Bertoni y de Bárbara Degèner se impusieron sobre el estruendo de los vagones y le hicieron despegar la vista del libro. Se hallaban a unos pasos, no iban sentadas y cuchicheaban y reían al tiempo que lanzaban vistazos a Lautaro Gómez, el cual no se inmutaba ante el despectivo examen al que lo sometían las chicas más lindas de la división. Se dijo que, si ella hubiese sido el objeto de burla de esas dos, no lo habría tolerado y habría descendido en cualquier estación con tal de sacárselas de encima. Gómez, en cambio, seguía absorto en su conversación con un chico de la otra división al cual también reputaban de *nerd*.